



GUAYASAMÍN: EL LLANTO, LA IRA Y LA TERNURA POR LA PATRIA GRANDE

25 de abril de 2019

Texto curatorial de la muestra “De la ira a la ternura” de Oswaldo Guayasamín, realizada en el Centro Cultural Peruano Norteamericano de Arequipa, abril del 2019.

Guayasamín tuvo el mérito de pintar al hombre de su tiempo desde una identidad latinoamericana con mirada universal, todo ello con la esperanza de colaborar con la construcción de un futuro donde las naciones se hicieran hermanas.

La independencia americana nos dejó el sueño de una unidad continental que aún no ha llegado a consolidarse. El argentino Manuel Baldomero Ugarte, sensible al espíritu de su época, publicó en 1922 *“La Patria Grande”* y anteriormente el cubano José Martí había escrito su influyente ensayo *“Nuestra América”* (1891).

La idea de *“Patria Grande”*, se consolidó cuando se tomó consciencia que los pueblos de la región tenían elementos comunes como el pasado precolombino, el mestizaje, la cultura barroco hispana, la lengua castellana, las tradiciones indígenas, la religión católica y sus manifestaciones sincréticas de diversa índole. Apreciamos un ejemplo de este sentimiento cuando José Santos Chocano proclama en su poema *Blasón*(1903): *“soy el cantor de América autóctono y salvaje... la sangre es española e incaico el latido; y de no ser poeta, quizá yo hubiera sido un blanco aventurero o un indio emperador”*.

En la segunda década del siglo XX, el sentir latinoamericano se robusteció aún más con la decadencia europea tras la Primera Guerra Mundial, el nacionalismo de la Revolución Mexicana y la aparición del modelo comunista ruso como una alternativa de resistencia cultural y política. Es en ese contexto que nace el muralismo mexicano como plasmación artística de ese momento y cuyos principales exponentes (Rivera, Orozco y Siqueiros), representaron al indio, su pasado precolombino y sus luchas sociales. Si bien las obras de estos artistas pretendieron esgrimir una fuerte identidad mexicana en contraposición con el mundo occidental, “hoy en día, sin dificultad pueden reconocerse las deudas con el nuevo arte europeo” (1).

La Segunda Guerra Mundial significó una tragedia apocalíptica y la llegada de un nuevo orden bipolar configurado por la pugna a nivel militar, político y cultural entre el capitalismo estadounidense y el comunismo ruso. En América Latina, particularmente entre las décadas de 1960 y 1970, las tensiones ruso-estadounidenses agudizaron los conflictos políticos y generaron nuevas formas de injusticia social, produciendo un clima donde las ideas socialistas de corte indigenista tuvieron acogida en el círculo de artistas, poetas y políticos del cual participó el Maestro Guayasamín.

Indudablemente influenciado por Clemente Orozco, a quien conoció en su juventud y con quien sintonizó a nivel estético, el pintor quiteño recorrió su propio camino convencido de que la acción política en concordancia con la fuerza del arte son vitales para la construcción de un hombre nuevo y una sociedad más justa, por ello no es casualidad que haya cultivado amistades entrañables con el poeta Pablo Neruda, el escritor Gabriel García Márquez, la cantautora Mercedes Sosa, la activista Rigoberta Menchú y el revolucionario Fidel Castro. Una muestra de la valoración que se tenía del artista en dicho grupo la vemos cuando Neruda escribió: "Orozco, Rivera, Tamayo y Guayasamín forman la estructura andina del continente" y desde otro punto de vista, cuando Rigoberta Menchú opinó que el pintor: "fue un hombre de convicción latinoamericana y luchador de la democracia".

Lo dicho anteriormente nos permite dilucidar que el artista no se hizo sólo a sí mismo, sino que fue madurando su propuesta participando de una suerte de fraternidad ideológica donde se nutrió, pero también, a la cual enriqueció significativamente a través del llanto, la ira y la ternura de su obra.

Considerando que "*El canto del llanto*" nació luego de una peregrinación latinoamericana, que "La edad de la ira" brotó cuando se detuvo a considerar las dimensiones universales de la violencia y que en la serie conocida como "*La ternura*" donde el artista plasmó el amor de todas las madres como un camino de vuelta hacia el origen del hombre, podemos decir que para Guayasamín la vida fue un paso de la rebeldía al amor, una peregrinación desde "*Los niños muertos*" hacia la "*Capilla del hombre*", el lugar sagrado donde se pueden encontrar las fuentes de la "*Patria Grande*" que tanto anhelamos los latinoamericanos.

[1]Traba, M., (1994). *Arte de América Latina, 1900-1980*. Washington D.C. Banco Interamericano de Desarrollo, P. 14.